

ESTUDIOS ANECDOTICOS.



Habitacion de Laplace en Arcueil.

UNA ANECDOTA RELATIVA A MR. LAPLACE.

Cuando un hombre de orden se dispone á partir para un gran viage hace sus arreglos, y tiene cuidado de pagar todas las deudas que habia contraído.

He aqui por lo que vamos á contar á nuestros lectores como hace mas de cincuenta años uno de los mas sabios y

SEGUNDA SERIE.—1837.

mas ilustres escritores acogió y animó á un principiante que habia ido á enseñarle sus primeros ensayos.

Aquel jóven principiante era Mr. Biot. Noten nuestros lectores, para escusar el epiteto, que esto data desde el mes brumario, año VIII de la república francesa, primera edicion. Algunos meses mas tarde le-hicieron el insigne honor de nombrarle asociado del Instituto Nacional; pero sobre todo en aquella época, un poco anterior á esta relacion, se hallaba Mr. Biot completamente desconocido:

AÑO XV. 19.

entonces no era mas que un simple profesor de matemáticas en la escuela central de Beauvais: recién salido de la escuela tenia mucho celo y poca ciencia. En aquel tiempo no se pedía á los jóvenes mas que ardor. Biot era apasionado por la geometría y por otras muchas cosas: la fortuna mas bien que la razon le preservó de ceder á muy diferentes gustos. Fijado desde entonces por los vínculos mas dulces en el interior de la familia que le habia adoptado, feliz con lo presente, contando con el porvenir, no pensaba sino en seguir con placer las inclinaciones de su genio hácia toda clase de estudios científicos, y en hacer por placer lo que el interés de su carrera le hubiera prescrito como un deber. Tenia sobre todo una desmesurada ambición de penetrar en las altas regiones de las matemáticas, donde se descubren las leyes del cielo.

Empero aquellas grandes teorías diseminadas todavía en las colecciones académicas no eran practicables sino para un pequeño número de hombres superiores que habian concurrido á establecerlas; y lanzarse sin guía sobre sus huellas era una empresa en donde todas las probabilidades eran de perderse por mucho tiempo antes de alcanzarlas. Sabia Biot que Mr. La Place trabajaba en reunir aquella magnífica coleccion de descubrimientos en la obra que justamente ha llamado *Mecánica celeste*. Hallábase en prensa el primer tomo; los otros debian seguir á grandes intervalos, segun la impaciencia de Biot.

Un paso que podia parecer muy arriesgado le abrió una intimidad privilegiada en aquel santuario del genio. Se atrevió á escribir directamente al ilustre autor para rogarle que le permitiese que su librero le enviase las pruebas de su libro á medida que se fuesen imprimiendo. La Place le respondió con tanta ceremonia cual si hubiese sido Biot un verdadero sabio: sin embargo, á pesar de todo rehusaba su peticion no queriendo, decia, que su obra se presentase al público antes de estar concluida, para que la juzgase toda junta. Esta negativa política era sin duda muy cortés en las formas, pero en el fondo le venia muy mal á Biot: no quiso aceptarla sin apelacion.

Escribió Biot inmediatamente á La Place para representarle que le hacia mas honor que el que merecia y deseaba. Yo no soy, le decia, del público que juzga sino del público que estudia: yo, añadía, queriendo seguir y rehacer los cálculos en totalidad para mi instruccion, podia, si se aceptase mi peticion, descubrir y señalar las faltas de impresion que se hubiesen deslizado. La respetuosa insistencia de Biot desarmó su reserva. No hay necesidad de decir con que ardor devoraria aquel tesoro Biot. Podriamos muy bien aplicarle la máxima: *violenti rapiunt illud*.

Desde entonces Biot todas las veces que iba á París llevaba su trabajo de revision tipográfica, y lo presentaba personalmente á Mr. La Place, el cual vivia en el campo en una linda casa, cuya vista presentamos hoy á nuestros lectores.

La Place le acogia siempre con bondad; examinaba las materias, las discutia con él; y esto le dió ocasion de hacerle observaciones, que alguna vez fueron apreciadas. Esto sucedia ordinariamente en los puntos en que para evitarse detalles de esposicion muy estensos empleaba la fórmula espeditiva: *es fácil de ver*. La cosa en efecto habia parecido en el momento muy clara á sus ojos; pero

no lo era siempre, ni aun para él algun tiempo despues.

Todo el mundo comprenderá el valor que debian tener para un jóven como Biot estas comunicaciones familiares é íntimas con un genio tan poderoso y tan estenso. Pero lo que no podria figurarse, á menos de haber sido objeto de ello, son los sentimientos de delicado afecto y paternal cariño con que los acompañaba. Esto nos hace separarnos de la digresion que hemos hecho para contar la anécdota que hemos ofrecido al principio.

Poco tiempo despues de que le hubiese sido permitido á Biot el tener tan íntimo trato con el sabio La Place, tuvo Biot la buena suerte de dar un paso, que le pareció nuevo é imprevisto, en una parte de las matemáticas en donde hasta entonces apenas habia penetrado. Habia notado en los comentarios de Petersburgo una clase de cuestiones geométricas muy singular, que Euler habia tratado por métodos indirectos en una memoria titulada *De insigni promotione methodi tangentium inverse*. Se habia propuesto tambien una cuestion de este género, todavía mas difícil, sobre la que habia hablado en diversas ocasiones en la *Acta Eruditorum*, resolviéndola cada vez por diferentes vías, pero siempre indirectamente. Lo singular de estos problemas consistia en que era preciso descubrir la naturaleza de una curva por ciertas relaciones dadas, cuyos caracteres geométricos eran de órdenes diferentes: las unas debian tener lugar entre puntos infinitamente próximos; las otras entre puntos distantes separados por diferencias finitas y dadas de abscisas. La primera clase de condiciones, relativa á los puntos inmediatos, era considerada aisladamente bajo el punto de vista abstracto que pende del cálculo diferencial ordinario: la segunda, relativa á los puntos distantes, depende de otro género de cálculo que se adapta especialmente á las diferencias finitas. Ocurrióle entonces la idea á Biot de que para hacer esto hubiera sido preciso escribir primero el enunciado completo del problema en el lenguaje analítico, aplicando á cada una de sus partes sus símbolos propios. La realizacion de esta idea sobrepusó las esperanzas de Biot. Todas las cuestiones de este género que habian sido tratadas indirectamente por Euler y por otros géometras, expresadas en símbolos generales se resolvian sin dificultad y como por encanto.

Cuando encontró esta resolucion, llevó Biot su trabajo á París, y habló de él á La Place.

Escuchóle este con una atencion que parecia mezclada de sorpresa. Le preguntó sobre la naturaleza de su procedimiento, y sobre los detalles de su solucion. Cuando le hubo examinado sobre todos estos puntos:

—Está muy bien; me parece bien, le dijo: venid mañana por la mañana, y traedme vuestra memoria, que me alegraré mucho de verla.

Compréndese que Biot fué exacto á la cita. Recorrió La Place muy atentamente todo su manuscrito; y despues le dijo: es un excelente trabajo; habeis tomado el verdadero camino que es preciso seguir para resolver este género de cuestiones directamente; pero los datos que presentais al fin están muy distantes: para esto podríais haberos valido del análisis. Despues de haber defendido Biot algun tiempo su sistema, cedió á sus consejos y borró lo que el sábio le aconsejaba. Este le dijo por último, presentad mañana vuestra memoria á la clase (asi se llamaba

entonces la *Academia de Ciencias*), y despues de la sesion vendreis á comer conmigo. Ahora vamos á desayunarnos. Este era el momento de descanso de La Place, en el que se complacia en recibir á sus amigos.

El desayuno era de una sencillez pitagórica: leche, café, y fruta. Servíase en el cuarto de madama La Place, la cual entonces jóven y hermosa, recibia á todos indistintamente con una bondad de madre, y hubiera podido ser la hermana de los discípulos de la clase. Allí se podia hablar de ciencias con él algunas horas: allí se ocupaba tambien de particularidades que concernian al porvenir de sus discípulos, y todo esto con el mayor afecto y con la mayor amabilidad.

Al día siguiente de aquel en que Biot le habia presentado su memoria, fué este temprano á la Academia, donde con permiso del presidente se puso á trazar sobre el encerado las figuras y las fórmulas que queria esponer. Monge llegó uno de los primeros: vió á Biot, se aproximó á él, y le habló de su trabajo: comprendió Biot que La Place le habia prevenido.

En la Escuela Politécnica habia sido uno de los discípulos á que manifestaba mas afecto, y sabia Biot cuanto placer le habia de causar el buen resultado. ¡Qué felicidad la de tener semejante maestro! Cuando le concedieron la palabra á Biot, todos los géometras, esta era la costumbre, vinieron á colocarse alrededor del encerado: el general Bonaparte, recién llegado de Egipto, asistia aquel día á la sesion como miembro en la seccion de mecánica. Vino con los demás á título de matemático, porque lo era, y muy sobresaliente, á hacer los honores al trabajo de su querida Escuela Politécnica.

—Reconozco bien esto, en las figuras.

Pensó entonces Biot cuán hábil era en reconocerlo, porque fuera de La Place nadie las habia visto hasta entonces; pero preocupado Biot como lo estaba de otra cosa mas que de su gloria militar y de su importancia política, su presencia no le causó la menor turbacion. Mas miedo hubiera tenido de Mr. La Grange, si la aprobacion anterior de Mr. La Place no le hubiese dado toda seguridad. Espuso, pues, Biot con el mayor desembarazo y la mayor claridad la naturaleza, el objeto, y el resultado de sus investigaciones.

Todo el mundo le felicitó por su originalidad. Le dieron por comisarios á los ciudadanos La Place, Bonaparte, y La Croix.

Terminada la sesion, acompañó Biot á Mr. La Place á la calle de Cristina, donde vivia entonces. Por el camino le manifestó su alegría por la limpieza con que habia presentado sus demostraciones, y tambien porque siguiendo sus consejos habia hecho las enmiendas que le habia propuesto.

Llegaron á la casa: despues de haber saludado á madama La Place:

—Venid, le dijo, al momento á mi gabinete, donde tengo que enseñaros una cosa.

Siguióle Biot: y estando sentado y dispuesto á escucharle, sacó una llavecita del bolsillo, abrió un armario colocado á la derecha de su chimenea, sacó un cuadernillo de papel, amarillento por los años, y le mostró todos sus problemas: los problemas de Euler tratados y resueltos por aquel método de que se creia inventor Biot. Hacia mucho

tiempo que él tambien los habia leído, pero se habia detenido ante aquel mismo obstáculo que habia señalado á Biot.

Habiéndolo vencido mas tarde, no habia dicho nada de esto á nadie, ni aun á Biot, cuando habia venido á traerle su propio trabajo como una novedad.

No es fácil pintar lo que Biot sintió entonces: era una mezcla de alegría, al ver que se habia encontrado con él: tal vez un poco de pesar por haberse visto prevenido; pero sobre todo, habia un profundo é infinito reconocimiento por un rasgo tan noble y tan interesante.

Este descubrimiento, el primero que habia hecho Biot, fué todo para él: era sin duda poco para La Place que habia hecho tantos otros y tan considerables en todas las partes, tanto de las matematicas abstractas, como de las mas sublimes aplicaciones.

Pero la abnegacion científica es difícil y rara aun en las cosas mas pequeñas, y despues era sublime aquella delicadeza en no querer descubrir aquel misterio y no sirviéndose del trabajo que habia visto á Biot sino para llevarle como por la mano, y para separar los escollos en que iba á dar su inesperienza.

Si antes de la sesion pública le hubiera enseñado aquellos papeles, le hubiera sido imposible á Biot el presentar su trabajo, sabiendo que este existia antes, hubiera tenido que guardar silencio. ¡Cómo hubiera podido leer entonces con soltura y desembarazo aquella memoria, si hubiera tenido la conciencia de que las ideas espresadas en ella habian sido ya descubiertas por otro, y que este otro era un hombre tan grande como La Place!

La Place es uno de los grandes genios que han tenido las ciencias; es uno de los grandes talentos como escritor. Este rasgo que acabamos de referir de él lo presenta bajo un aspecto nuevo, y con cualidades tal vez mas raras. Habia exigido de Biot el mas absoluto silencio sobre lo que habia hecho por él; habia impedido que hasta le hiciese la menor alusion cuando éste presentó su trabajo; empero un intermedio de medio siglo trae fatalmente la prescripcion de todos los compromisos humanos, y el mismo Biot en la Academia de las Ciencias para cumplir la única deuda que el tiempo no puede extinguir, hizo público lo que acabamos de referir á nuestros lectores.

La casa de La Place, cuya vista presentamos y que se halla situada en Arcueil, fué adquirida por él en 1806, dos años despues que el emperador le hubiese promovido á las primeras dignidades del senado. La compró sin haberla visto, sin mas que la relacion de Mad. La Place, contentándose con saber que se hallaba inmediata á la de su amigo Berthollet. Una simple cerca de jardin la separaba. Berthollet hizo abrir en ella un agujero, y colocar una puerta antes que La Place llegase: despues vino á recibirle de ceremonia sobre el limite de sus dominios respectivos, trayendo las llaves de comunicacion que daban franco paso de una casa á otra.

En aquel delicioso retiro pasaba La Place todos los días, todos los instantes de libertad que le dejaban los negocios, no para entregarse á un ocioso reposo, sino para continuar con una infatigable pasion sobre la fisica matemática, y sobre el sistema del mundo, no saliendo de sus meditaciones sino para ir á ocuparse de las ciencias fisicas y químicas con su amigo.

Alli recibia, alli acogia con inagotable benevolencia una multitud de jóvenes aplicados á quienes se dignaba llamar sus colegas, y que siempre han tenido á mas gloria el reputarse por los hijos adoptivos de su talento. Al rededor de él, y en una esfera mas elevada se veia sin cesar á Berthollet; muchas veces á La Grange, Cuvier y otros sabios ya célebres, con cuyo trato iniciaba á sus jóvenes protegidos.

Este santuario de las ciencias ha sido conservado siempre con un religioso respeto por Mad. La Place á la que hoy pertenece. La casa, los jardines en donde se paseaba La Place se conservan tales como eran entonces. El cuarto de estudio en donde ha compuesto tantas obras célebres, subsiste intacto con los mismos muebles, los mismos libros que le han servido, en el mismo estado en que

los dejó: solo falta él alli, con pesar profundo de cuantos le han conocido, y que no volverán á ver jamás nada semejante.

La Place ha sido del pequeño número de aquellos hombres á quienes se han podido aplicar estos tan hermosos versos:

Me vero primun, dulces ante omnia Musae
Quarum sacra fero, iugenti percussus, amore
Accipiant, cœlique vias at sidera monstrant.

¡Oh, vosotras, musas queridas ante todo; musas de quienes he llevado, penetrado de un ardiente amor las sagradas insignias, recibidme en vuestros brazos, mostradme las vias del cielo y los astros que lo recorren!

ESTUDIOS HISTORICOS.

LA TORRE DE LÓNDRES.

Al presentar á nuestros lectores la estampa de la Torre de Lóndres tomada por la parte del Támesis, vamos á hablarles de uno de los edificios de recuerdos históricos mas grandes; monumento dentro de cuyos espesos muros han pasado las mas grandes escenas de dolor y de sangre. Al penetrar con la imaginacion en aquella sombría morada, que por espacio de tantos años ha servido de prision, no solo á hombres culpables sino á nobles corazones y á generosas víctimas del despotismo y de la anarquía, no puede uno menos de sobrecogerse, no por el destino actual que hoy tiene esa torre, que es el de una *armeria* ó *museo*, y depósito de las alhajas de la corona, sino por lo que fué en su antigüedad.

La Torre de Lóndres tenia una jurisdiccion particular, con sus franquicias y sus privilegios independientes de la ciudad de Lóndres. El límite y naturaleza de sus derechos han sido un manantial perenne de discusiones interminables. Un *constable*, cuyas funciones son tan antiguas como la torre misma, manda la plaza. Goza de privilegios, prerogativas, y considerables emolumentos, recompensa de servicios importantes, ó arrancados por la ambicion de los gobernadores y la debilidad de los reyes en medio de las contiendas civiles.

Ciento diez y ocho constables ha habido desde Geoffroy de Mandeville, el primero de todos en 1076, hasta el duque de Wellington, muerto hace pocos años. Siempre hay en la Torre de Lóndres una numerosa guarnicion. Mas de doce *acres* de tierra se contienen en las murallas exteriores: el foso que la rodea tiene trescientas *yardas* (varas) de circuito; y de treinta á cincuenta de ancho en diferentes sitios, presentando en general el aspecto de un pentágono irregular. Una espaciosa plataforma, ó muelle la separa del Támesis. En la parte del Mediodía se encuentran los cañones que anuncian las festividades y regocijos públicos. La principal entrada de la torre consiste en una puerta de piedra, defendida en los dos extremos por fuertes torres. Habia en otro tiempo delante del puente algu-

nos trabajos, formando lo que se llama en el lenguaje de los ingenieros una barbacana: ahora está reemplazada por una casa de fieras. Sin embargo, un patio rodeado de murallas precede tambien la entrada del puente. En medio de la fachada del Mediodía está la torre de Santo Tomás, llamada la *Puerta de los Traidores*, porque hay un pasadizo abovedado que comunica con el rio pasando por debajo del muelle, y por el cual se traian los prisioneros. Se ve bien claro en la lámina que presentamos, y está bastante bien conservado, y ofrece una muestra de la arquitectura del tiempo de Enrique III. Allí se ha colocado una máquina hidráulica para el servicio de la guarnicion.

La Torre Blanca es un edificio cuadrangular de ciento sesenta pies de largo sobre noventa de ancho, y ochenta y cuatro de alto. Colocada en el centro del edificio forma la porcion mas notable de él. Torrecillas cuadradas que se alzan sobre el techo se encuentran en los ángulos del Norte y Sudeste. La que está en el ángulo Norte es circular, y contiene la principal escalera. El lado opuesto se termina en un gran semicírculo plano, y es donde está la capilla. Hay tambien en aquel ángulo una torre que corresponde á las otras tres; y son estas cuatro cimas las que dan á la torre un carácter tan particular. Le proviene este nombre de la costumbre que se tenia de tiempo en tiempo de blanquearla; lo que se prueba por un documento escrito en latin en 1244, el cual contiene los reglamentos para la reparacion de la torre.

Se compone de tres pisos; pero los estragos del tiempo y las mudanzas sucesivas han hecho desaparecer los rasgos de su primitiva arquitectura. Las paredes tienen quince pies de espesor en su base, y doce en los pisos superiores. Cada uno de los pisos está dividido en tres departamentos: tres subterráneos abovedados sirven de almacén para la pólvora, y nada tienen de particular. El cuarto mas pequeño bajo está abovedado: es muy sencillo, pero curioso por su antigüedad. Una puerta oculta conduce á una salita oscura de diez pies de largo, sobre ocho de ancho, y está abierta en el espesor del muro. Asegúrase que aquellos cuartos han sido ocupados por sir Walter Raley, y que allí compuso su historia del mundo. No hay duda que han servido de prision. Aun se distinguen sobre

uno de los lados de la puerta secreta algunos letreros trazados por tres personas presas allí como cómplices del motin de sir Tomás Wyatt en 1533. Hay colocados vastísimos arsenales en las cuatro piezas bajas, y en la principal. Dos contienen cuanto es necesario para armar cincuenta mil hombres: allí se ve también una colección de armaduras de diferentes siglos, y otras curiosidades de mismo género. La capilla real, dedicada á San Juan Bautista está en el primer piso: una de sus salas es saliente sobre el espesor de la muralla, y se extiende de Norte á Sur rodeada por el semicírculo de que hemos hablado, separada de la nave por doce pilares macizos sosteniendo arcos: encima hay otro arco liso que está al nivel del segundo piso del resto de la torre. La capilla ha sido blanqueada, lo que oculta los primorosos trabajos de su primera construcción, que era de arquitectura normanda. Antes la torre de esta capilla servía de observatorio astronómico. En el Norte hay una gran sala que encierra el tren de artillería, y el pequeño arsenal. Al lado del Sur de la Torre Blanca se encuentran reunidas las armaduras de los reyes y caballeros ingleses, entre las que se distinguen las de Enrique VIII, Carlos I, el conde de Essex, etc., etc. El arsenal de la reina Isabel es un edificio que hay enfrente de la Torre Blanca. Aun se ven los restos de trece torres que servían para defender el patio interior. Aquí es donde está la torre de las alhajas, en donde está enterrado el tesoro de la corona; y también la Torre Sangrienta en donde por una vaga tradición se supone que se verificó la muerte de los hijos de Eduardo, Eduardo V y el duque de Yorck. Hay en la torre también una casa de fieras, pero no es notable, y mucho menos comparada con la que se encuentra en el jardín botánico de Londres.

Sería fuera de nuestro propósito y muy largo el recordar los nombres de todas las personas célebres que han perecido en esta torre; empero no se puede pasar en silencio las trágicas escenas del reinado de Enrique VIII. Allí murieron sir Tomás Moro, tan célebre por su ciencia y su bondad, arrestado en 1534 con Fische, obispo de Rochester, por haberse negado á reconocer la supremacía espiritual del rey: perecieron los dos juntos: Ana Bolena, entregó su hermoso cuello al hacha del verdugo en 1536 como una consecuencia fatal de los bárbaros caprichos de su marido. Y todos los años contó la torre nuevas víctimas. Los lores Tomás Howard, Darfey, Montague, y el marqués de Exeter, acusados de traición perdieron su vida sobre el cadalso.

Cromwell, conde de Essex, prudente y fiel, consejero del rey, fué ejecutado en 1540, porque había sido el autor principal de su matrimonio con Ana de Cleves, que había llegado á serle odiosa: y muy pronto después la misma hacha hirió á su cuarta muger Catalina Howard, y su amiga lady Rochford.

Sería imposible entrar aquí en el detalle de todos los grandes sucesos de que ha sido testigo la Torre de Londres, muy particularmente en el reinado de los dos Carlos, y durante la república. El fuego devoró en 1843 la mayor parte de la Torre Blanca que nosotros hemos visitado. Mucho contristó á la Inglaterra la destrucción en gran parte de tan magnífico é histórico edificio; empero en breve tiempo se ha reconstruido, si bien falta á la moderna construcción ese tinte, ese aspecto particular que solo puede imprimir en los monumentos la acción de los siglos, la mano del tiempo.

EL CONDE DE FABRAQUER.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

UN DUELO DE VILLANOS.

A fines del año 1429 era soberano de la mayor parte de los Países Bajos, aunque no era todavía mas que duque de Brabante, cuya herencia iba á recoger, Felipe el Bueno, ardiente y joven. Tenía treinta años entonces, y se mostraba por Isabel de Portugal, su graciosa novia, tan enamorado como cortés. En honor suyo estableció la orden del Toison de Oro, durante las funciones de su matrimonio.

Habiendo venido desde Brujas á Bruselas con su corte para celebrar la Navidad del año 1429, trató el 26 de diciembre de enviar á Termonde en secreto una carta, que no quiso, según su costumbre, confiar al maestro Colin-Bout, rey de los Rivaos, especie de gefe de policía de su palacio. Temía su indiscreción, y eligió por su mensajero á Guillemín Fyot.

Era este un jorobado de muy buen humor, que le servía algunas veces de bufón. Había estudiado algo, entendía un poco de jurisprudencia, arreglaba los procesos, hacia escrituras, se encargaba de las cosas delicadas, siempre riéndose, siempre divirtiéndose á todo el mundo, y mas de una vez había distraído y alegrado al duque. Tenía

tres hijos que le amaban tiernamente y se llamaban Lorenzo, Pablo y Gerardo. El mayor tenía veinte y ocho años, y el mas joven diez y nueve. Estos detalles son útiles para la continuación de nuestra historia.

Habiendo, pues, hecho llamar Felipe á Guillemín Fyot, le confió casi al oído aquella misión importante. El jorobado prometió cumplirla con exactitud.

—Si V. A. quiere hacerme dar un buen caballo, añadió, esta tarde estaré en Termonde y mañana traeré aquí la respuesta.

Llamó el duque inmediatamente á Jacot de Rousay, uno de los veinte y cuatro arqueros nobles de su guardia, y le mandó que inmediatamente hiciese preparar para su amigo Guillemín uno de sus mejores caballos. Puso una bolsa en la mano al jorobado, y al cabo de un cuarto de hora se hallaba ya este fuera de Bruselas.

La alegría tiene la desgracia de ser algunas veces cáustica, y Guillemín tenía un enemigo. Era este un sargento que se llamaba Nicolás, y que ganaba su vida en perseguir á las gentes de bien, haciendo y promoviendo causas y procesos con tanto ardor, como tenía el jorobado en cortarlas y conciliarlas. Habíase mas de una vez burlado del sargento, que era un mocetón desgarrado, con un rostro huesoso y un ojo remellado. El sargento había jurado ven-

garse de él; empero no se atrevía á hacerlo públicamente, por miedo á la justicia de Felipe el Bueno.

Por una casualidad, el susodicho sargento, al volver de Termonde, encontró en un bosque que había en el camino al jorobado, que iba trotando en su caballo. Llovía á torrentes: el camino estaba desierto: el cielo oscuro: venia la noche. Nicolás, al reconocer desde lejos á su enemigo, se resolvió á aprovechar aquella favorable ocasion. Púsose enmedio del camino en el sitio mas estrecho, detuvo el caballo, y se puso á pegar con un garrote que llevaba á nuestro amigo Guillemín, á quien derribó en el suelo y echó despues en un foso por muerto. Tal vez no habria querido llevar tan adelante su rencor; pero parece que no le pesó. Robó al jorobado, montó en su caballo, y continuó su camino hácia Bruselas, pensando en el partido que debia tomar. Sin duda que no se proponia entrar en Bruselas con el caballo del jorobado, lo que hubiera podido descubrirle.

Pero, por otra casualidad, reflexionando el duque despues de la salida de su mensagero, en el regalo que con él llevaba por aguinaldo, pensó de pronto que podrian robar al jorobado en el camino, y envió para que le acompañase á Jacot de Rousay. El arquero salió una hora despues de haberse marchado Guillemín Fyot.

El sargento asesino no habia andado aun media legua en el caballo del jorobado, cuando divisó la librea negra y amarilla del señor duque. En un instante se encontró cara á cara con Jacot de Rousay. Este, conociendo el caballo, le paró bruscamente.

—¿Quién os ha dado ese palafren? le dijo.

Nicolás, que era hombre de desembarazo, tenia preparada una respuesta.

—Lo he encontrado ahora mismo, respondió sin titubear.

—Es un caballo de monseñor el duque de Brabante, replicó el arquero; yo se lo he dado á Guillemín Fyot.

Comprendió rápidamente el sargento su situacion.

—Guillemín Fyot, contestó, ¿no es el jorobado de la calle de Namur?

—Justamente: el duque le habia encargado una mision.

—Le habrá sucedido alguna desgracia, repuso Nicolás; ese hombre tiene costumbre de beber. Habrá dejado á la puerta de una taberna este pobre caballo que se volvia por sí solo á la ciudad. Aun he creido distinguir cerca de aquí á Guillemín, borracho, montado sobre la pared, á la que daba grandes espolazos, creyéndose sin duda sobre su caballo.

—Es posible, replicó Jacot; sin embargo, no por eso debo de seguir menos mis órdenes y buscar al jorobado. Pero vais á volverme mi caballo.

—Nada mas justo, dijo el sargento, é inmediatamente entregó las riendas del caballo robado.

Desgraciadamente el arquero, no desconfiando de nada, no le registró; porque entonces hubiera encontrado las pruebas de su crimen.

Cuando llegó con sus dos caballos al foso donde se hallaba tendido el jorobado, Jacot lo vió: bajó y no le creyó mas que borracho: le ató sobre su caballo, le llevó á Termonde y lo depositó en casa de un cirujano, que declaró se hallaba muerto. Asustado Jacot, registró al jorobado, y viendo que habia sido robado:

—Es un asesinato, dijo.

Despues montó á caballo, y volvió á Bruselas, y contó al príncipe la funesta aventura.

No se atrevía á sospechar del sargento, que gozaba muy buena reputacion. Sin embargo, Felipe irritado, y habiendo recibido del duque de Brabante su pariente, todo el poder de hacerse justicia, mandó que se hiciesen pesquisas en casa del sargento: nada se descubrió. Le interrogaron y se limitó á las respuestas con las que habia engañado al arquero.

La noticia de la muerte del jorobado se difundió rápidamente: conmovió mucho á todo el mundo. Hicieronse mil conjeturas y suposiciones, y el pueblo, menos circunspecto que los jueces, acusó en voz alta al sargento. Los tres hijos de Guillemín, en el dolor y en la desesperacion, no dudaron que Nicolás fuese el culpable. Sabian que su padre no se emborrachaba jamás. Al dia siguiente se presentaron vestidos de luto delante de Felipe, y reclamaron justicia y venganza, constituyéndose acusadores del sargento. Habiéndoles dicho el duque que no tenia prueba alguna para proceder contra el que decian ser el asesino, pidieron, segun los privilegios del pueblo, el duelo judicial, y los tres arrojaron sus guantes de lana. Felipe no podia negarles el ejercicio de aquel derecho; pero como eran villanos y pecheros, no les era permitido batirse á la espada. Hízose venir al sargento, hombre vigoroso y robusto, que aceptó con descaro, declarando que aplazaba su vindicacion al juicio de Dios, porque contaba con sus fuerzas y con la debilidad de sus tres jóvenes adversarios. Determinóse que los hijos de Guillemín se batirian uno despues de otro, comenzando por el mayor y concluyendo por el mas joven. Debia verificarse el duelo al dia siguiente, 30 de diciembre. En el entretanto, pusieron al acusador y al acusado en prisiones separadas, teniendo cada uno dos arqueros para su custodia, y un maestro de esgrima para enseñarles á manejar el palo. Durante este tiempo, se preparó la liza en la puerta llamada del Petit-Sablon, que debia ser el campo de batalla.

El sargento y su adversario fueron conducidos el 30 de diciembre, á las nueve de la mañana, á la plaza de Sablon. Iban vestidos de cuero negro pulimentado que les ajustaba estrechamente al cuerpo, para no dejar punto por el que pudieran agarrarse. Tenian cada uno de ellos un escudo de tres pies de alto, y un palo de fresno del mismo largo con un mango en el puño. Les habian cortado las uñas, llevaban los pies descalzos, y la cabeza descubierta y afeitada. Toda la poblacion de Bruselas, que se interesaba por los hijos de Guillemín, acudió á aquel espectáculo compadeciendo su dolor, y formando votos por su triunfo. Se celebró una misa en la misma iglesia de Nuestra Señora de la Victoria, invocando al santo rey David, vencedor de Goliath, de quien aquel dia hace la iglesia especial mencion, y hubo muchas voces que se unieron á sus oraciones.

Al salir de la iglesia, Lorenzo Fyot, que era el mayor, se adelantó en la liza con su escudo y su garrote. Hizo varias veces la señal de la cruz, y juró por los Santos Evangelios, que la causa que iba á defender era justa y buena. El sargento vino por el lado opuesto á Nuestra Señora de la Victoria armado del mismo modo, é hizo las mismas ceremonias.

Presentáronles ceniza, con la que se refregaron las ma-

nos para poder coger mejor los palos. El duque no había querido que estuviesen afilados.

El primer regidor de la ciudad hizo proclamar un edicto, en el que prohibía bajo graves penas, dar ningún grito ni hacer ninguna señal en favor ó en contra de cualquiera de los combatientes: despues de lo cual arrojó el guante de Lorenzo Fyot en la plaza gritando:

—Cumplid vuestro deber.

Lanzáronse con furor uno contra otro, los dos contrarios, ansiosos el uno de vengar á su padre, y el otro defendiendo su vida.

Despues de un cuarto de hora de violentos golpes que mutuamente se dieron, cayó Lorenzo estenuado, desmayado.

Lleváronle sobre un tablado, como vencido, y los asistentes redoblaron sus oraciones mentales.

Pablo Fyot sucedió á su hermano: recibió en el brazo un golpe tan fuerte, que al momento quedó fuera de combate.

No quedaba mas que Gerardo, el mas jóven y el mas determinado: pero el vigoroso sargento parecia haber vuelto á recobrar fuerzas con sus primeras victorias. Largo tiempo duró la lucha. Saltaron de las manos los garrotes, y los dos campeones lucharon cuerpo á cuerpo: pero por último Nicolás quedó tercera vez vencedor.

Inmediatamente, enmedio de la consternacion general, el verdugo, acompañado de sus ayudantes, levantó tres horcas: porque en estos combates el vencido, reputado culpable, debía morir y sin esperanza de obtener sepultura en lugar sagrado; al contrario, con la horrible certidumbre de que despues de haber sido ahorcado sería arrastrado su cuerpo á un muladar por las calles de la ciudad. El duque, que habia asistido á este funesto duelo que no habia podido impedir, se hallaba muy afligido por no poder hacer justicia. Pero el derecho del combate en muchas ciudades, era un privilegio que el soberano no podia abolir sin el consentimiento de las órdenes del Estado y del pueblo. Mientras recordaba hechos mas funestos toda-

vía producidos por aquella bárbara costumbre, y manifestaba á los señores que le rodeaban el ardiente deseo que habia indicado muchas veces de reemplazar aquel vano y odioso uso con leyes equitativas, triunfaba el sargento. El verdugo y sus ayudantes habian terminado sus preparativos, é iban los tres hijos Guillemin Fyot á ser ahorcados, cuando el jorobado, á quien se creia muerto, se presentó de repente á caballo acompañado del médico de Termonde.

Todos los espectadores lanzaron grandes gritos: turbóse el sargento. Habiendo llegado el jorobado cerca de Felipe el Bueno, cuyo corazon consoló su vista, contó su aventura y su vuelta á la vida, efecto de una copiosa sangría. Un boton que habia arrancado á su enemigo durante la lucha, le sirvió de prueba: quedó probado el crimen, convencido el sargento y ahorcado: condujeron al jorobado en triunfo á su casa con sus excelentes hijos, los cuales curaron á muy pocos dias.

Al dia siguiente, 31 de diciembre, muchos de los señores que habian aprobado durante el combate, los deseos de Felipe el Bueno, redactaron un mensaje que hicieron firmar por el clero, la nobleza, las órdenes de justicia, los magistrados populares y los nendechs, ó ancianos de la ciudad, solicitando la supresion del duelo judicial. Llevaron el primer dia del año aquel presente al duque, que se hallaba rodeado de toda su corte.

Felipe el Bueno les recibió con grande alegría, y les dijo:

—Nobles señores, este es el regalo de Navidad mas grato que podeis hacerme: en cambio, os daremos buena justicia, y por esto que llena nuestros leales deseos, dentro de diez dias, señores, en el primer capitulo de la órden del Toison de Oro, que se celebrará en nuestra buena ciudad de Brujes, para festejar nuestra union con la infanta de Portugal, os haremos caballeros. Quéremos que se sepa, que en nuestro parecer, los mas dignos regalos que pueden hacerse mutuamente los príncipes y los pueblos, son las buenas leyes.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

LUCAS LEYDE.

Se ha atribuido mucho tiempo á Lucas de Leyde una série de cuadros que ahora se ha convenido en tener por obras maestras de un autor desconocido. Este artista seria pues, un poco anterior al célebre pintor que nos ocupa; y su talento presenta otros caractéres.

Busca sobre todo la gracia y la suavidad; pero su técnica imperfecta le conduce á la afectacion y á la escentricidad. El modelo y el color son de una delicada elegancia: las formas del cuerpo tienen una flaqueza primitiva: los vestidos una extraordinaria suntuosidad; las encarnaciones frecuentemente tiran á gris perla: las posturas amañadas: una extraña sonrisa distingue los personajes de estas producciones anónimas, y las dejan así fácilmente reconocer.

Entre las mas importantes es preciso colocar dos retablos que adornaban en otro tiempo la Cartuja de Colonia, y que poseen hoy dos vecinos de la misma ciudad, mon-sieur Ham, y Mr. Geir.

El uno debe sin disputa haber sido pintado hácia el año de 1500: el paño del medio figura á Santo Tomás palpando la llaga de Cristo. Jesus le coloca el dedo en la herida como para convencerle mejor: aparécese Dios sobre las nubes con ángeles, y cuatro santos colocados á derecha y á izquierda se regocijan de ver al Padre de los hombres: mil brillantes flores cubren el césped en donde angelitos espresan su alegría tocando la música: el paño central del segundo tríptico representa al Salvador del mundo crucificado; alrededor su familia, su discípulo querido, Santa Magdalena, y San Gerónimo entregado á su dolor. Se clasifican otros muchos cuadros entre las obras del misterioso artista. Atribúyesele tambien la *Bajada de la Cruz* que posee el Louvre, y que persistimos en mirar como

una producción de Lucas de Leyde, á pesar de los críticos alemanes.

El gran pintor á quien frecuentemente se ha llamado Lucas de Amnesz, sin saber por qué; pues que su padre y

primer maestro se llamaba Hugo Jacobsz, vino al mundo en 1494 en la ciudad de Leyde. Tuvo durante su infancia un taller por sala de juego; por juguetes, instrumentos de su arte. Nadie duda que este precoz estudio haya con-



Lucas Leyde.

tribuido á hacerle llegar á tan alta escelencia. Trabajaba con tal ardor que le parecían cortos los días, y dibujaba frecuentemente por la noche, hasta que su madre alarmada venia á apagarle la luz para que su salud no se debilitase.

Cuando hubo hecho bastantes progresos en el dibujo le colocó su padre en casa de un hábil pintor, Cornelis Engelbrechtsz. No estudiaba únicamente todos los géneros desde el de historia hasta el del paisaje, sino todos los procedimientos desde el óleo hasta la aguada; y ade-